



100 años del nacimiento del Siervo de Dios, Enrique Shaw

Al cumplirse el centenario de nacimiento del Siervo de Dios Enrique Shaw, el viernes 26 de febrero, el cardenal Mario Aurelio Poli, arzobispo de Buenos Aires y primado de la Argentina, presidió la misa central del festejo, en la basílica de Nuestra Señora del Pilar, del barrio porteño de Recoleta.

Recordando al empresario fundador de ACDE y de la Universidad Católica Argentina, que formó parte de la Armada Argentina y fue presidente de los Hombres de Acción Católica Argentina, una multitud se reunió

en el atrio de la basílica, para celebrar su vida y homenajearlo.

Concelebraron la Eucaristía ocho sacerdotes, entre ellos el párroco de Nuestra Señora del Pilar, Pbro. Sergio Gastón Lorenzo, y el padre Gustavo Boquín, vicerrector de la UCA. Estuvieron presentes representantes de las instituciones que Shaw fundó y las que marcaron su vida, y algunos familiares entre ellos, su hija, Sara Shaw y su nieta, Sara Critto.

Homilía en la Misa de Acción de Gracias

Ezequiel 18, 21-28; Salmo 129; Mateo 5, 20-26

✠ **Mario Aurelio Cardenal Poli**

Las lecturas del tiempo de Cuaresma nos acompañan en este camino espiritual que mira al misterio pascual como a su meta más deseada: es el gran misterio de la Muerte y Resurrección de Jesús; toda la vida cristiana y la misma misión de la Iglesia dependen de la celebración del acontecimiento que abrió un nuevo horizonte a la humanidad.

Así la profecía de Ezequiel nos presenta a un Dios compasivo que no desea la muerte del pecador sino que se convierta y viva (cfr. Ez 18, 23). El mensaje del profeta es esperanzador porque ni siquiera los pecados pasados de un hombre influirán en su vida presente, si decide cambiar de conducta y pegar la vuelta, adhiriendo de corazón «a sus preceptos, practicar el

derecho y la justicia» (Ez 18, 21). Además, nos invita a abrir los ojos para no abandonar el camino de su voluntad, de su amistad fiel, siempre dispuesta a perdonar y a darnos una nueva oportunidad para que su gracia se sobreponga a todas las formas de muerte que se nos presentan. Nuestro Padre Dios nos conoce y sabe esperar el momento oportuno para revelarnos su amor, y para que nos preparemos a recibirlo. Nos dice por el profeta: «Yo les daré otro corazón y pondré dentro de ellos un espíritu nuevo: arrancaré de su cuerpo el corazón de piedra y les daré un corazón de carne» (Ez, 11,19). Este texto nos dispone a escuchar las enseñanzas de Jesús en el Evangelio de Mateo.

El Maestro acaba de enseñar lo que constituye la Carta Magna para los



La misa se realizó en el atrio de la parroquia aprovechando también los lugares que ofrecían la vereda y la plaza

cristianos: las Bienaventuranzas (cf. Mt 5,3-12; Lc 6,20-23), y de este modo nos explicó con toda sencillez qué es ser santos, es decir, el carnet de identidad del cristiano. En ellas, también se dibuja el rostro de Jesús, que estamos llamados a transparentar en lo cotidiano de nuestras vidas (cfr. *Gaudete et Exsultate* 63).

En ese contexto define a sus discípulos como «la sal de la tierra y la luz del mundo» y nos exhorta a «brillar ante los ojos de los hombres..., a fin de que ellos vean sus buenas obras y glorifiquen al Padre que está en los cielos» (Mt 5, 16).

La búsqueda del Reino que nos propone Jesús tiene sus exigencias. La observancia de los mandamientos que nos dio su Padre adquieren toda su vigencia, pero ahora no como lo entendían los fariseos, atados a la materialidad de la letra, sino a la luz de la enseñanza que el mismo Jesús nos da en el doble mandamiento del amor (Mt 22, 37-39), porque «... de estos dos mandamientos

dependen toda la Ley y los Profetas» (Mt 22, 40). De ese modo, con ejemplos, nos enseñó la clave para descubrir lo que quiso Dios cuando nos dio esa ley, y cómo se debe enseñar y practicar. La exhortación a sus discípulos de superar la «justicia» de los fariseos tiene que ver con la adhesión sincera a la voluntad de Dios, sin rebusques ni argumentos acomodaticios de sus preceptos. El amor y la verdad expresados en los mandamientos no admite vueltas, sino una acogida abierta y sincera por el don que contienen.

Comienza la enseñanza por el mandamiento: «No matarás» (Ex 20,13). El que cometía un homicidio en el Antiguo Testamento merecía la pena de muerte, porque era un acto que ofendía directamente a Dios, por haber atentado contra su imagen y semejanza. Jesús agrega que eso «se dijo a los antepasados» (Mt 5,21), pero ahora Él, con su autoridad da una enseñanza nueva a la luz del mandamiento del amor al prójimo:



El Card. Mario Poli junto al párroco, Pbro. Gastón Lorenzo y el Pbro. José Ignacio Ferro Terrén

quien se enoje, ofenda, maldiga o desprecie a su hermano, merece ser condenado por el tribunal. Más adelante toma un ejemplo de las relaciones fraternas, las que suelen pasar por situaciones tensas, hasta llegar a la violencia. Si el culto nos da la oportunidad de ofrecer un acto de justicia, Jesús no admite celebrarlo cuando dejamos atrás un agravio a un hermano. Aunque nos cueste, debemos entender que el Evangelio nos enseña que el amor al prójimo tiene precedencia sobre los misterios que celebramos sobre el altar. Primero hay que reconciliarse y pacificar el corazón para que Dios nos escuche en la oración.

Finalmente, en el mismo sentido, pone el ejemplo de quien tiene una deuda y está a punto de ser penado; conviene ponerse de acuerdo con quien adeuda antes de presentarse ante el juez. Puede verse un paralelo entre el ejemplo y el juicio final: hay que buscar siempre la reconciliación y no dejarla para el último momento (cfr. L. H.

Rivas: El Evangelio de Mateo).

Tal es la nueva justicia y la lógica evangélica en las enseñanzas de Jesús, que supera con mucho a la de los escribas y fariseos. Bastan estos ejemplos para hacernos caer en la cuenta que vivir como «justos» significa hacer la voluntad de Dios, que se extiende a todos los ámbitos de la existencia humana, individual y social.

A cien años del nacimiento del Siervo de Dios, Enrique Ernesto Shaw, esta Misa se ha convertido en un sacramento esperado para dar gracias a Dios por la bella y agraciada vida de un laico que gastó sus días en traducir la vida del Espíritu recibido en el Bautismo y la Confirmación, para contagiar la alegría de la salvación de Cristo en la Iglesia y en el mundo.

De él quiero destacar una fe alimentada en la Palabra y la Eucaristía. Parece haber leído lo que Jerónimo exhortaba incesantemente a sus contemporáneos: «Lee muy a menudo las Divinas Escrituras, o mejor, nunca el texto



sagrado se te caiga de las manos»?! Por eso pienso que cuando la Palabra divina entró en el corazón del joven Enrique, él nunca dejó caer el Evangelio de Jesús de sus manos.

Abundan en sus escritos las referencias bíblicas que eran el apoyo más sólido para lo que deseaba comunicar, como en aquella conferencia pronunciada en ocasión del VI Congreso Eucarístico Nacional en Córdoba, 1959. Citando a San Mateo, nos dice: «Esta Primera Bienaventuranza –“Felices ustedes los pobres de espíritu, porque el Reino de Dios les pertenece”–, se refiere a la actitud de dependencia de Dios y de desapego de esas cosas terrenas en las que solemos apoyarnos con exceso. Quien nos conoce mejor que nadie nos asegura, con Su autoridad, que hay un vínculo muy profundo entre el desapego, la felicidad y la perfección»². Cuando comenta la segunda Bienaventuranza: «Bienaventurados los mansos, porque ellos poseerán en herencia la tierra», nos dice: «Así como la

Primera Bienaventuranza nos enseña que a quienes no se apegan a las cosas terrenas se les da el derecho al reino de los cielos, en la Segunda Bienaventuranza, preparada por la primera –que ciega la fuente más abundante de la ira que es el anhelo de poseer o mandar–, a los mansos se les promete además el de la tierra.

Muchos creen que la mansedumbre es algo negativo o por lo menos tan sólo pasivo; no la virtud de un héroe sino la de un felpudo que se deja pisotear sin quejarse.

Todo lo contrario, no es algo que nos frene, que inhiba nuestra personalidad, sino la aplicación de una auténtica fuerza de carácter, en el momento que nuestro prójimo lo necesita, para así “darnos” mejor. La mansedumbre hace que seamos dueños de nosotros mismos, *calmos*, y que veamos en el prójimo sus limitaciones y su grandeza, que veamos en él al hijo del Padre Común y por lo tanto lo *respetemos*³.

«La palabra “feliz” o “bienaventurado” – como lo enseña el Papa Francisco–, pasa a ser sinónimo de “santo”, porque expresa

1. Ep. 52, 7: CSEL 54, 426.

2. Enrique Shaw, “Eucaristía y Vida Empresaria”, conferencia pronunciada en ocasión del VI Congreso Eucarístico Nacional, celebrado en la ciudad de Córdoba en octubre de 1959. BUENOS AIRES, 1960, 4.

3. Ibidem, 6.



Cartel de anuncio, de la misa expuesto en la reja del atrio de la parroquia

que la persona que es fiel a Dios y vive su Palabra alcanza, en la entrega de sí, la verdadera dicha» (*Gaudete et Exsultate*, 64). Ahora bien, si nos preguntamos cómo Enrique alimentó el amor de su corazón para formar con su esposa una familia numerosa, para llevar adelante su definida vocación empresarial y su profundo compromiso con la Iglesia y la sociedad de su tiempo, no podemos menos que pensar en que abrevó en la fuente del amor eucarístico y en ella descubrió su insospechable dimensión social; así lo expresó en aquella memorable conferencia: «La Eucaristía es pues el gran medio para el logro efectivo de esa aspiración de sentirse, y ser, verdaderamente humanos, pues une entre sí a los hombres en el Hombre-Dios, pues Cristo, por la Comunión, nos une a Sí fusionándonos misteriosamente en nosotros»⁴. «Y si preguntáramos sobre el mejor medio de lograr esta limpieza de corazón, este control y sana orientación de

las apetencias sensuales de todos los tipos para así, entre otras cosas, poder ver la tierra y el cielo en su verdadera perspectiva, creo que la contestación es obvia; es necesario “poner el corazón” en la fuente de la pureza y de la sabiduría: en la Eucaristía»⁵.

Si escuchando estas cosas se agita el agua de nuestro bautismo, es porque no debemos olvidar nuestra vocación a la santidad, y este es el regalo que recibimos en este día, un delicado toque de atención de Dios que nos ama a pesar de todo.

Celebrando estos cien años de vida y de eternidad, hagamos un acto de confianza en la sabiduría de la Iglesia, que nunca dudó en definir y anunciar al Santo Pueblo de Dios quiénes son los bautizados que forman parte de la comunión de los santos en el Cielo; y en ese cometido se toma el tiempo necesario. En eso fundamos nuestra esperanza cristiana que nunca nos defrauda.

4. *Ibidem*, 8.

5. *Ibidem*, 11.